

do regresábamos á Vitoria, hervían en mi pensamiento las consideraciones escépticas que desde la liberación de Bilbao formaban mi criterio sobre aquellas vesánicas campañas.

En las alturas de Arlabán teníamos á Doregaray, que empezó su carrera en el absolutismo, y después de servir con gloria y provecho en el Ejército liberal, volvió á la liza bajo las banderas de don Carlos. En el llano de Alava, se agolpaban armados hasta los dientes los que compartieron con don Antonio las fatigas de la guerra de Africa y de las contiendas familiares del liberalismo. Habían sido amigos: lo serían siempre...

Con sutileza de imaginación introducíame yo en el cerebro del de arriba y de los de abajo, y encontraba la percepción de un solo ideal. ¿Qué querían, por qué peleaban? Debajo del emblema de la soberanía nacional en los unos y del absolutismo en el otro latía sin duda este común pensamiento: establecer aquí un despotismo hipócrita y mansueto que sometiera la familia hispana al gobierno del patriciado absorbente y caciquil. En esto habían de venir á parar las mareantes idas y venidas de dos Ejércitos que unas veces peleaban con saña y otras se detenían, como esquivando el venir á las manos.

Discurría yo, metido en las entendederas de aquellos hombres, que si por el momento no era lógico el acuerdo entre ellos, no tardaría el tiempo en dar realidad á mis maliciosas conjeturas. Concluirían por hacer paces,

reconociéndose grados y honores como en los días de Vergara, y la pobre y asendereada España continuaria su desabrida Historia dedicándose á cambiar de pescuezo á pescuezo, en los diferentes perros, los mismos dorados collares.

## XIX

Mayor interés que los toques proféticos que acabo de colocar á mis lectores tiene en la Historia la noticia siguiente: cuando á partir hacia Logroño me disponía, con el grueso del Ejército de Concha, volvió á presentármeme *Chilivistra*, ya restituida felizmente á su pristino estado de compostura y arreglo personal. No era ya la figura luctuosa, mísera y lastimera de los días anteriores. En su rostro advertí los discretos afeites que comúnmente usaba. Venía risueña, aliviada ó quizás totalmente restablecida del dolor en que la sumergieron sus deslices escandalosos con el Administrador de Rentas. ¿Fué todo ello una farsa, un caso más de las aberraciones históricas? Las personas atacadas de este mal inventan historias lúgubres, alictivas, y acaban por creérselas.

El lenguaje y la actitud de la que fué mi costilla falsa eran de una perfecta tranquilidad de espíritu, con ráfagas de alegría. Habíase colocado de nuevo en el terreno de sus primitivos afanes, y ansiaba continuar conmigo la odisea romántica en busca del

errante marido y de la inocente criatura. No quise contrariarla por temor á que saltase de la mansedumbre á la cólera, mostrando una vez más el labio tembloroso que tanto miedo me inspiraba. Con buenas palabras la entre-tuve, y acompañándola hasta su casa, allí la dejé asegurando que volvería por ella. Mi vuelta fué la del humo... Apresuré mi partida para librarme de aquella desdichada cuyos desvarios morbosos no podía yo remediar, y me agregué á las primeras fuerzas que salieron en dirección á la Rioja. Iba con el temor de que Silvestra se lanzara en mi seguimiento, y adelantéme todo lo posible fiado en que, confundido entre las tropas, no podría fácilmente encontrarme la que había venido á ser enemiga de mi tranquilidad.

En Logroño supimos que los carlistas, rehaciéndose con tenaz esfuerzo del descalabro de Bilbao, reorganizaban y fortalecían sus huestes para salir al encuentro de Concha, en Navarra. Faltos de recursos apelaban á la munificencia de las Diputaciones Forales y al patriotismo de los realistas pudientes; esquilaban á los pueblos, y decididos á no perdonar medio alguno para adquirir dinero, llegaron al extremo increíble de afanar los fondos de la Santa Cruzada. Sin hacer caso del Obispo que puso el grito en el cielo al tener noticia de la exacción sacrílega, conminaron á todos los párrocos á que alojaran sin demora *los parneses* de la Bula, alegando que se trataba de defender la Religión y que ya ajustarían ellos sus cuentas con el Papa.

En tanto, á espaldas de Concha surgían diferentes cabecillas aguerridos y ligeros de pies, que assolaban las tierras de Burgos, Palencia y Santander, mientras otros se corrían hacia el Alto Aragón. Tranquilamente organizaba nuestro General en Jefe un poderoso Ejército, con innumerables batallones, muchas piezas de Artillería Plasencia y Krupp, y formidable contingente de Caballería. Después de varias marchas y contramarchas, que el mareo de mi cabeza no me permite referir, me encontraba yo en el lugar de Allo hacia el 20 de Junio. Me alojé con mis amigos de *Saboya y Ciudad Rodrigo* en el mesón de *La Jarra*, Plaza del Ayuntamiento. Nunca vi una casa más divertida, por el sinnúmero de viajeros que salían y entraban durante el día y la noche. La guerra aumentó la caterva de huéspedes: tan pronto invadían la posada los oficiales carcas como los *quiris*, que con tal nombre eran conocidos en Navarra los liberales.

En el poco tiempo que allí estuve me sentí contento de la vida, gozando de mi libertad sin ningún enojo, rodeado de muchachos simpáticos y valientes á quienes miraba como á hermanos. Bestial apetito se despertó en mí, y en todo el día no cesaba de meter algo en el estómago. Muy tempranito me servían el desayuno: sopas de sartén con torreznos. A las diez me regalaban con media *pinta* de vino y una escudilla de aceitunas. Al filo de las doce ya estaba en la mesa la sacramental sopa de ajo; después el riquísimo *Chilin-*

*drón*, un guiso de cordero con *pementonicos de cuerno de cabra*; luego las magras con tomate, y de postre los blandos roscos y el mostillo dulzón.

Por la tarde me iba con los oficiales *guiris* al casino de la placeta, conocido por *el de la Mormoña*. En él tomábamos café, coñac y algún pisolabis, para conservar las fuerzas hasta la hora de la cena. Esta empezaba con la ensalada al uso navarro; seguía el abadejo en ajo arriero, y el lomo con *pementones* picantes. Y vengan *pintas* y más *pintas* para remojar y reblandecer el succulento comestraje, que terminaba con gran acopio de frutas secas y del tiempo.

Conociendo mi carácter comprenderá el lector que una de mis primeras ocupaciones en el simpático pueblo de Allo fué echarme una novia: tocóle la vez á una linda muchacha, llamada Ruperta, hija del *Nuncio*, nombre con que es allí conocido el pregonero, que anda de calle en calle anunciando al redoble de un tambor la llegada y venta de pescado fresco, y dando publicidad á los edictos de la Alcaldía. Mostrábase la moza blanda y accesible, y tales ventajas brindó el amor mío á su loca imaginación que desdeñó los obsequios y la palabra de casamiento que le había dado el *Ministro*, remoquete con que designan en aquellas tierras al alguacil del Ayuntamiento.

En fin, señores míos; las delicias de Allo, no menos gratas aunque sí más breves que *las delicias de Capua*, terminaron bruscamen-

te con el son guerrero de cajas y clarines en la madrugada del día de San Juan, cuando aún ardía en la plaza del pueblo la enorme hoguera donde hacen chocolate las mujeres, á las doce de aquella noche, para celebrar la tradicional festividad.

La columna, división ó lo que fuera se puso en marcha, y no me preguntéis el derrotero que yo seguí caracoleando en mi *Babieca* porque la mente del buen Tito no dominaba todavía la fácil comprensión de los movimientos militares... Sólo supe de cierto que el General Concha emprendió la marcha después de organizar en Tafalla una numerosa hueste con la mar de batallones, que según después supe ascendían á cuarenta y ocho con los que le mandaron de Bilbao, de Medina de Pomar y de ambas Riojas. Las piezas de Artillería con que contaba eran, según oí, veinte Plasencias y treinta y tantos Krupp. Del número de caballos se hacían cálculos que me parecieron hiperbólicos.

El temporal de lluvias nos entorpeció algo el camino, y el 25 estábamos, según creo, en las estribaciones del monte Esquinza. En mis cortos alcances comprendí que se trataba de ocupar las entradas de Estella, donde estaba Dorregaray con veintiocho batallones. Unidos al grueso de la división de Martínez Campos escalamos sin dificultad las alturas del monte, que tenían los carlistas abandonado. Seguimos nuestros movimientos, y tras penosa marcha pernoctamos en Alloz. Otras

fuerzas de nuestra división quedáronse en Lácar. Según oí, las tropas de Echagüe ocuparon á Murillo, y las de Rosell á Villatuerta y Arandigoya, después de desalojar de allí á los carlistas. El General en Jefe no debía estar lejos.

En una parada que hicimos entre Allo y el monte Esquinza, tomé á mi servicio á un viejo muy despabilado, ágil, parlero y de carácter jovial, ajustándole por ocho sueldos diarios (léase reales) como asistente ó espolique. Llamábase de nombre Fermín y de apodo *El Sargentico*. Pronto eché de ver sus buenas cualidades: era un andarín fabuloso, conocía palmo á palmo el suelo navarro, y daba razón de todos los habitantes de los pueblos que recorríamos. Para que me fuera más simpático figuraba entre los pocos *quiris* que en tal terreno existían. En los descansos cuidaba al *Babieca* como si fuera hijo suyo; en las lentas marchas me daba conversación, cautivándome con su charla donosa; indicábame los nombres de los montes, pueblos y ríos que encontrábamos al paso:

En Alloz, divagando por las calles, me dió cuenta minuciosa de todas las chicas bonitas del pueblo, sus familias y viviendas. Ya me había descubierto el flaco, y queriendo halagarme me ilustraba en todo lo referente al bello sexo. Seco y avellanado, insensible al cansancio así como al frío y al calor, no llevaba más equipo que la camisa de lienzo, el chaleco de pana, faja, calzón, peales, y en la cabeza *el zorongó*, que es un pañuelo de co-

lores ceñido á estilo aragonés. Cuando se le apagaba el cigarrillo á medio fumar se lo ponía detrás de la oreja.

Salimos de Alloz y marchamos por terreno quebrado horas y horas, entre pueblos cuyos nombres me iba diciendo mi espolique con la puntualidad de un experto geógrafo. No me pidáis, lectores míos, que os dé cabal noticia de los complicados movimientos tácticos de aquel nutrido Ejército en extensión tan considerable. Estas complejas acciones de guerra las describen los historiadores después que han sucedido, valiéndose de planos y documentos guardados en los archivos del Estado Mayor Central. *A priori* y en el curso de los sucesos no hay quien puntualice los varios accidentes marciales.

En la mañana del 26 me encontré, sin saber cómo ni por qué, en el Cuartel General de don Manuel de la Concha. Este tenía todo dispuesto para dar la batalla; pero hubo de retrasarla por la tardanza de un convoy que le era indispensable para racionar y municionar debidamente á las tropas. La impaciencia y malhumor del General en Jefe se comunicaron á cuantos estaban cerca de él. Por fin, á las tres de la tarde, en vista de que el convoy no llegaba, ordenó atacar al enemigo. Yo me retiré á retaguardia porque no había ido á la campaña con miras heroicas. *El Sargentico*, que todo lo sabía ó lo adivinaba, me dijo que la línea carlista se extendía desde Dicastillo hasta el puerto de Eraul, y que el pueblo que atacaban los nuestros era

Abarzuza. Hubo un momento en que estuve muy cerca del General Concha; le vi á caballo, revestido de su impermeable, echando los anteojos al lugar del combate.

No bien empezaron á disparar los cañones, estalló en los aires una horrisona tempestad de truenos, rayos, centellas y demonios coronados. El espectáculo que daban juntamente el cielo y la tierra, confundiendo su furor y estruendo, pertenecía ¡vive Dios! al orden de las cosas más sublimes que pueden verse en la vida. No sabré yo deciros que mis ojos percibieron los pormenores de la lucha, ni tampoco preciso el tiempo que duró. Sólo sé que después de abrasar con incesante fuego á los pueblos enemigos, lanzáronse contra ellos en frenética legión las tropas de los Generales Echagüe y Martínez Campos. Al anochecer eran nuestros los lugares de Abarzuza, Zurucuain y Montalbán.

Llegada la hora del reposo, que tan bien habían ganado los esforzados combatientes, consulté yo con mi espolique á dónde iríamos á repararnos del cansancio, del hambre y la mojadura, y el buen Fermínico me dijo guiñando el ojo: «Señor; vámonos á Zurucuain, donde tenemos la posada de mi primo Matías que nos dará un trato superior. Además, para que usted se alegre un poco, le diré que en ese pueblo hay chicas *mucho guapas*.»

Ni sosiego ni comodidad tuve en la posada de Zurucuain por causa del gran gentío que la invadió aquella noche, y en cuanto á las lindas mozas de que me habló *El Sargentico*

declaró á fe de buen galanteador que no las vi por ninguna parte. De madrugada supimos que el convoy que esperaba el General Concha había llegado á Murillo, y que se habían circulado órdenes á todo el Ejército para el combate del siguiente día.

En la mañana del 27, las tropas de Martínez Campos rompieron el fuego amenazando con coronar la sierra de Estella, que domina el pueblo de Zurucuain. Mi amigo Palazuelos me dijo que el General en Jefe había dado orden de no consumir la operación hasta que la columna que estaba en Abarzuza tomase Murugarren y el caserío de Muru. La misma orden se dió á los que atacaban al pueblo de Grocín. Martínez Campos repartió entre su gente las primeras raciones del convoy, y los que operaban en Abarzuza no pudieron ser racionados á tiempo. Por esta contrariedad, se pasó la mayor parte del día sin hacer otra cosa que entretener en fuego á los carlistas mientras hacía sus preparativos el grueso del Ejército liberal.

Por fin, á las cuatro de la tarde, comenzó el ataque. Don Manuel de la Concha (y esto lo aseguro como historiador *de visu*, pues no estaba yo lejos de él) se situó con dos batallones y los Regimientos de Caballería *Numancia, Pavia y Talavera*, en una excelente posición alta, donde se habían emplazado treinta cañones Krupp para batir los atrincheramientos de Muru y Murugarren. Se rompió el fuego y la Artillería, corregida el alza, causó enormes estragos en las trinche-

ras carlistas. A galope tendido corrían los oficiales de Estado Mayor con órdenes á las columnas que luchaban en Abarzuza, Villatuerta y Zurucuain, previniéndoles que sostuvieran el fuego sin tirarse á fondo sobre el enemigo. Los carlistas tuvieron que abandonar sus trincheras varias veces por el horrendo destrozo que en ellos hacían nuestras granadas. Espantosa confusión se produjo en el campo enemigo. La terrorífica escena ponía los pelos de punta.

El General Concha dió á sus edecanes breves y fulminantes órdenes. Estos las transmitieron con la velocidad del rayo al Brigadier Blanco y al General Reyes. Momentos después, las masas de Infantería se lanzaban como avalancha impetuosa en dos columnas, la una contra Murugarren, la otra contra el caserío de Muru. Eran doce los batallones que avanzaban, seis en cada columna. Los carlistas, sólo en Murugarren, tenían catorce batallones.

En lo más recio del combate llegó un aviso del Brigadier Beaumont comunicando que las fuerzas de su mando eran furiosamente atacadas por los facciosos, los cuales habían abandonado sus trincheras para caer contra Abarzuza. Con ayuda de un mal catalejo y por las explicaciones de mi espolique, yo me daba cuenta de estas terribles peripecias. Los doce batallones que avanzaban contra Murugarren y Muru fueron embestidos del mismo modo que la columna Beaumont. El choque fué tremendo, como una pelea de gigantes

furiosos. Al cabo, los nuestros retrocedieron, acuchillados á la bayoneta.

Los treinta cañones emplazados en la altura escupían á torrentes la mortífera metralla. Concha, con gesto de rabia y ronco acento imperioso, daba órdenes y más órdenes. La formidable Artillería logró al fin contener el ímpetu de los valientes realistas, obligándolos á buscar el refugio de sus trincheras. Por segunda vez treparon nuestros soldados con increíble arrojo por las fragosidades de Murugarren y Muru, y de nuevo fueron atacados en su avance. Descompuestos retrocedieron hasta la carretera. Pero los cañones, vomitando fuego, pusieron nuevamente á raya á los bravos batallones de don Carlos. En tanto, hacia Zurucuain y por las líneas Villatuerta-Arandigoyen y Murillo-Grocín, oíamos fuerte tiroteo. Eran las columnas allí destacadas, que entretenían á una parte de la legión absolutista hasta que se les ordenase realizar acción más decisiva.

Atento á los incidentes de la lucha, el General en Jefe ordenó que las columnas de Reyes, Blanco y Beaumont se concentraran en una sola. La concentración tardó en efectuarse por estar harto diseminadas estas fuerzas. Pasaba el tiempo, caía la tarde, la Artillería empezaba á sentir escasez de municiones, apuntaban en nuestro Ejército síntomas de desaliento, y el combate seguía sin resultado práctico.

Cansado de esperar á los batallones del General Reyes, se decidió Concha á intentar

el esfuerzo supremo. Dejó los tres Regimientos de Caballería en la altura donde estaban emplazados los cañones, para que protegiesen esta posición y aseguraran el flanco derecho. Llevóse consigo los dos batallones de Infantería y con ellos se unió á los diez y ocho que acababan de reconcentrarse. Al frente de estas fuerzas se lanzó al asalto, cuando ya el sol, enrojando las nubes de Occidente, se hundía en el horizonte. Arrebió el combate con creciente furia. Las tropas de Reyes no llegaban. Concha enviábale de continuo órdenes apremiantes para que acudiera pronto en apoyo de sus movimientos. Y decidido á jugar el todo por el todo, ascendió al frente de sus tropas hacia las trincheras carlistas.

Ante el soberano arrojo del caudillo enardecieronse los soldados, y seguían á su General como si no hubieran sido arrollados momentos antes. Yo, moviéndome á impulsos de una fuerza magnética, fui detrás de los combatientes. Concha trepaba impertérrito, unas veces á pie y otras á caballo, según los accidentes del terreno. Al llegar á cierta altura, el General y los demás Jefes tuvieron que dejar los caballos al cuidado de los ordenanzas. Con éstos quedé yo, teniendo de la brida á mi *Babieca*. Me uní á Ricardo Tordesillas, asistente de don Manuel de la Concha, y ambos nos pusimos al amparo de unos árboles donde creíamos librarnos de las balas enemigas.

La Artillería continuaba teniendo á raya

los carlistas, que ya no se atrevían á salir de sus trincheras. El avance de Concha fué tan rápido que llegó á cincuenta metros del enemigo cuando aún no se le habían incorporado los batallones del General Reyes. Por falta de este apoyo no se pudo dar fin y remate al supremo esfuerzo. A las siete y media de la tarde, Concha no tuvo más remedio que aplazar el ataque definitivo, dando por frustrada en aquel día la operación. Empezó á descender, dirigiéndose con los demás Jefes á donde aguardaban los caballos.

Llegó el General donde estábamos Tordesillas y yo, ocultos á la vista de los demás asistentes por un matorral espeso. Con voz displicente dijo á su ordenanza: «Ricardo, el caballo.» Estas fueron las últimas palabras que pronunció en el mundo de los vivos... En el momento de cruzar la pierna derecha por la grupa del caballo, una bala, que lo mismo pudo venir del cielo que del mismo infierno, le atravesó el corazón. Con débil gemido expiró el primer soldado español de aquellos maldecidos tiempos.

## XX

A las voces de Tordesillas acudieron los que estaban más próximos. El cuerpo del General en Jefe cayó en tierra. Tal fué la consternación y el espanto de los primeros espectadores de la terrible escena, que todos que-

daron un momento mudos. Los ayudantes de Concha, creyendo que aún vivía el caudillo, le desabrocharon el impermeable y la levita, haciendo saltar botones y rasgando ojales. Nada vieron que no indicase la seguridad de una muerte instantánea. Pronto se formó un grupo espeso en el cual nadie osaba determinar cosa alguna. ¿Qué pensar, qué decir, qué hacer...?

Por fin, entre los ayudantes y Tordesillas discurrieron lo único práctico en trance tan fatídico. Ante todo urgía apartar de allí el cadáver. Con gran trabajo, por la pesadumbre del recio cuerpo exánime, colocaron éste sobre un caballo y sigilosamente fué conducido al pueblo de Abarzuza, evitando que las tropas pudieran darse cuenta de la catástrofe. La triste caravana, fatal término y desenlace de un acto militar que debió ser glorioso, deslizábase furtiva por los campos como una decepción horrenda, ó una burla del Destino que quiere sustraerse á la mirada humana, y aun á los ojos de la Historia. La media luz crepuscular, alumbrando este paso solemne y medroso, daba á la escena la intensa melancolía de las grandezas caídas súbitamente en los abismos de la nada.

El primer Jefe que se presentó en Abarzuza fué el General Echagüe, que enterado del desastre tomó el mando del Ejército á pesar de hallarse muy enfermo. No olvidaré nunca la cara del Conde del Serrallo cuando vió el cadáver de su amigo y maestro. El dolor concentrado y mudo no tuvo jamás expresión

más fiel que la que le dieron aquellas facciones duras, angulosas, de soldado curtido en cien combates. La primera determinación de Echagüe fué convocar consejo de Generales y Brigadieres. Se reunieron sin demora los que estaban más cerca de Abarzuza: Beaumont, Burruiel, Reyes, Blanco, Bargés y el Coronel de Artillería señor Echaluze. Por unanimidad acordóse la retirada del Ejército á Tafalla para el amanecer del siguiente día. Y al cabo se circularon órdenes á fin de que el movimiento se realizase aquella misma noche.

Las tropas se pusieron en marcha. El desfile de las de la derecha fué protegido por las del centro. Las de la izquierda mantuviéronse en sus posiciones hasta que desfilaron todas las demás. El cadáver del Marqués del Duero fué colocado con misterio sigiloso en un furgón de Artillería, y los heridos quedaron en Abarzuza confiados á la humanidad del enemigo. Como el éxito de la operación dependía del tiempo que se ganase y de que los carlistas no advirtieran la retirada, se apresuró ésta todo lo posible y se tomaron minuciosas precauciones. Determinóse prohibir á los vecinos de los pueblos por donde había de pasar la tropa el encender luz ni fuego en las casas; se advirtió á todo el Ejército que nadie podía fumar, del General en Jefe para abajo; se conminó con penas severísimas al que imprudentemente produjera el menor ruido. De este modo, bajo la protección del silencio y de las sombras, realizóse



el prodigio de que antes de amanecer hubiera desfilado ya la muchedumbre armada, incluso la Artillería y los convoyes, por delante de las posiciones de Villatuerta, sin que los realistas sospechasen siquiera lo que ocurría en el campo liberal.

Ya era día claro y nos aproximábamos á Oteiza cuando los carlistas se dieron cuenta del fúnebre desfile. Tarde conoció el enemigo su engaño, y fué inútil cuanto intentó para molestar á nuestras tropas. Las columnas de lanteras donde iba el furgón mortuorio avivaron el paso. Las de retaguardia, combinadas con las fuerzas de Rosell y de Reyes, tomaron posiciones y contuvieron el tardío movimiento de los soldados de Dorregaray, retirándose después por escalones con el orden más perfecto. No se perdió ni un hombre, ni un fusil, ni un cañón, ni una acémila, ni un carro del convoy: la retirada dispuesta por Echagüe en Abarzuza fué una brillante aunque triste página militar. En las encarnizadas acciones del día 27 las bajas del Ejército de Concha habían sido: 121 oficiales y 1.300 individuos de tropa fuera de combate, más 268 extraviados y prisioneros.

Seguimos á buen andar, bordeando los montes de Baigorri; hicimos una corta parada en Larraga para tomar alimento; y dejando á la derecha los altos de Val de Ferrer, á media tarde llegamos á Tafalla, donde tuve el descanso que mis asendereados huesos imperiosamente reclamaban. Mi oficioso espionaje me buscó cerca de la Plaza un aloja-

miento muy aceptable. Allí platicué con mis amigos, comentando cada cual según su entender las bravas refriegas y el inmenso desastre que mató en flor las hermosas esperanzas del Ejército liberal. Enaltecieron todos el saber estratégico, la genial maestría y la bravura del héroe muerto que trajimos en mísero furgón, ocultándolo como si fuera un robo que se había hecho á la Fatalidad.

Entre los oficiales que conmigo formaban corro alrededor de una mesa, bebiendo y fumando, había un Teniente de Infantería muy desahogado, sobrino según creo de una persona de alta significación en la política, el cual, colmando de alabanzas la figura militar del Marqués del Duero, aseguró (sabiéndolo de buena tinta) que el primer acto de éste al entrar en Estella, si á entrar llegara, hubiera sido proclamar Rey de España al Príncipe Alfonso. La irrespetuosa manifestación de aquel jovenzuelo llevó nuestro coloquio al vértigo de las disputas políticas, y se oyeron las opiniones más peregrinas, diferentes en estilo y criterio, flemáticas unas, ardientes las otras. Queriendo yo poner término á la controversia dije estas palabras: «Caballeros; no pierdan el tiempo discutiendo lo que pudo pasar y no ha pasado... Descuiden que todo se andará. Lo que no hizo Concha lo harán otros, y estas peleas horribles acabarán poniéndose todos de acuerdo para llegar á un feliz arreglito, cuya finalidad será que nos gobierne el Nuncio.»

Antes de entregarme al descanso fuí al

Ayuntamiento, á punto de las diez, deseoso de presenciar las primeras honras que se tributaron al grande hombre muerto, reuniendo en un solo acto el esplendor militar y la escasa pompa religiosa que en aquel pueblo pudo ostentarse. Arreglado y compuesto el cadáver, sin que desaparecieran las huellas de una muerte gloriosa en el campo de batalla, le colocaron en un ataúd decoroso. Paños negros y blandones encendidos completaban el triste cuadro. Las facciones del héroe apenas habían sufrido alteración. Ignoro si hubo ó no embalsamamiento. Permanecía tal como le vi en el instante de caer del caballo: el ceño fruncido, apretados los labios cual si aún durase el dolor de la herida que le mató, el corto bigote rígido, la frente surcada de arrugas. Por un momento creí yo adivinar dentro de aquel cráneo la visión de su postrer arranque frustrado, y el agotamiento de su voluntad al expirar el día.

Bien dijo el que dijo que tras de las pisadas duras de la tragedia suele ir el blando paso de la comedia. Así lo quiere la complejidad tumultuosa de nuestra vida, y yo lo confirmé aquella noche con el descomunal contraste que voy á referiros. Hallábame en mi cuarto con *El Sargentico* y á meterme en la cama me disponía, cuando sonaron golpecitos en la puerta. Fugaz presagio cruzó por mi cerebro. El sonido seco de la madera me delataba los nudillos de una persona conocida. ¿Sería *Chilivistra*?... Sí, sí; era ella, ¡Dios!... Apenas pronuncié yo el *adelante*, abrióse la puerta y

penetró de rondón la señora mística y destornillada. Venía bien arregladita, con el hábito de los Dolores. En su bello rostro notábase, fresco y reciente, un discreto aliño de colorete y polvos.

«Pero mujer, ¿qué es esto?—exclamé indicándole un sillón cojitranco.—¿Qué buscas, qué quieres, cómo has venido aquí?» Y ella, serena y flemática, me contestó: «Desde lejos he seguido tus pasos, sabiendo día por día y hora por hora dónde estabas. Razón tuve de tu alojamiento en cuanto llegamos aquí, á eso de las diez. En esta misma posada buscamos albergue. Tú no te enteraste porque habías ido al Ayuntamiento á ver el cadáver del pobrecito Concha.

—Según eso, no has venido sola—exclamé yo, aterrado ante la idea de habérmelas con el elegante caballero, Administrador de Rentas de Vitoria.

—Solita hubiera venido—afirmó Silvestra, —sin más compañía que mi anhelo de verte. Pero traigo conmigo dos personas respetables que, compadecidas de mis infortunios, no han querido separarse de mí en todo el viaje, y me seguirán, según dicen, hasta donde yo vaya. Una de estas buenas almas es el Capellán de las Brígiditas. La otra, una señora mayor con quien hice conocimiento en el trayecto de Vitoria á La Guardia. Es dama muy principal, de finísimo trato y mucho saber. Conversamos, íntimamos y nos hicimos muy amigas.»

Oyendo á la voluntariosa mujer me mara-

villaba de los enredos é imaginarias historias que se traía. Mi estupefacción llegó al colmo cuando me dijo, para darme pormenores de sus compañeros de viaje: «El Capellán de monjas, para que te enteres, es el padre Carapucheta, que como recordarás, estaba de Rector en el Oratorio del Olivar. La dama es una matrona de regia stirpe... no te rías... que á ti te conoce mucho y te llama su muñeco. Su nombre es... ¿no lo adivinas?... *Doña Mariana.*»

Este nombre retumbó en mi cerebro como el eco de un cañonazo... Se nublaron mis ojos, no sabía lo que me pasaba. «Tú—dije á Silvestra, poniendo mis manos trémulas junto á su rostro,—ó padeces un mal que te sugiere los absurdos más desatinados, ó posees una imaginación que deja tamañitos á todos los inventores de fábulas, á todos los poetas del mundo. Si esa *Doña Mariana* no es engendro de tu caletre enfermizo, quiero verla ahora mismo. Pronto, pronto.»

Grave y serena se levantó *Chilivistra*, y cogiéndome la mano, me dijo: «Pues ven á verla. Bien cerca la tienes. Dos puertas más allá, en este mismo pasillo. Ven, Tito, ven.»

Momentos después, mis ojos, asustados de su propia visión, distinguieron la imagen ó la persona de *Mariclio* en una estancia mal alumbrada, anchurosa, con las paredes cubiertas de viejos cuadros al óleo ennegrecidos por el tiempo. En un sofá de dos cabece-  
ras y respaldo de crines, modelo antiquísimo que sólo se ve ya en alguna fonda de

pueblo, estaba la excelsa Madre, apoyada en una de las cabeceras, en actitud de tristeza y cansancio. Adelantéme hacia ella con timidez y respeto...

Las primeras palabras articuladas por sus labios augustos determinaron súbitamente en mí la transformación de lo interno y lo externo, de todo cuanto yo llevaba en mi espíritu y de lo que mis sentidos podían apreciar. La estancia creció desmesuradamente, la figura olímpica se agigantaba, y su voz llegó á mis oídos como lejana música. Mi turbación no me permitió retener el justo sentido de aquella música. Creo que me dijo: «Lo que has visto de esta guerra estúpida yo también lo vi... La Fatalidad, ley que viene de muy alto, impidió al gran soldado dar un golpe decisivo... No creas que puedan concluir estas luchas de otro modo que por conciertos y canvalaches como los de Vergara... Tu pobre España gemirá, por largos años, bajo la pesadumbre del despotismo que llaman ilustrado, enfermedad obscura y honda, con la cual los pueblos viven muriendo... y se mueven, gritan y discursean, atacados de lo que llaman *epilepsia larvada*... Debajo de esta dolencia se esconde la mortal *tuberculosis*...» Si tales no fueron sus expresiones textuales, no creo equivocarme respecto al sentido de ellas.

Desde que oí á la Señora subió de punto el desvarío de mis pensamientos. Se me olvidó el nombre del pueblo donde me encontraba. «¿Pero dónde estás, Tito? — me pre-

gunté... Vi á *Chilivistra* arrastrando por los polvorosos ladrillos de la inmensa habitación la cola negra de un vestido como los que usan las damas en la Corte. Me senté á distancia de la Madre en una banqueta de nogal lustroso. Creí advertir que el sofá de antiguo modelo no estaba próximo á la pared, y que por aquel hueco discurrían las figuras descendidas de los cuadros viejos, tomando las negras apariencias de *Doña Gramática* y *Doña Caligrafía*.

Transcurrió un lapso de tiempo, que ignoro si fué de minutos ó de horas. Silvestra se llegó á mí, diciéndome: «Quiero que conozcas á mi segundo acompañante, el bendito Capellán padre Carapucheta.» Ausentóse un momento, y reapareció trayendo de la mano á un sujeto esmirriado y larguirucho, vestido de luenga sotana. ¡Dios, Jehová, Lucifer! El hombre que hacía reverencias frente á mí era el mismísimo Ido del Sagrario. «¿Pero es usted don José—dije ó creí decir yo. Y él, dilatando su boca en larga sonrisa, habló en su habitual estilo: «*Francamente, naturalmente*, señor don Tito, no podía venir á estas tierras sin disfrazarme... Sabrá Vucencia que al llevar á mi hija Rosita, el mes pasado, á la feria de Huete, que es el pueblo de Nicanora, me fué robada en Fuentidueña de Tajo por la partida carlista que manda el cabecilla Santés. Desesperado salí á recuperarla. Dijéronme que su raptor se la llevó á Navarra, y aquí me han dicho que ahora podré encontrarla en tierras de Guadalajara ó de

Cuenca. Ayúdeme usía en mi empresa y Dios le dará el reino de los Cielos.»

Al oír estos desatinos, me llevé las manos á la cabeza creyendo que de ella se me escapaba la razón y todo el sentido de la realidad. Salí de la estancia como alma que lleva el diablo, gritando: «¡Favor, socorro!...» Dando tropezones y metiéndome en diferentes cuartos llegué por fin al mío, donde me encontré frente á un hombre escueto, con chaleco de pana y *zorongo*. Cogiéndole de los brazos le zarandeeé mientras le decía: «¿Qué hace usted aquí?... ¿Quién es usted?... ¿Dónde estoy?»

Turbado me contestó el buen hombre: «Señor, ¿qué le pasa? Soy *El Sargentico*. ¿No me conoce ya?... De aquí salió usted despierto y vuelve dormido.»

## XXI

Con solícitos cuidados, mezclando en su lenguaje la expresión seria con la festiva, mi buen espolique se esforzaba en serenarme. Hízome tender en la cama, y sentado junto á mí apuró razones y cuchufletas para traerme á la percepción de la realidad. Yo le dije: «Quedamos en que tú eres *El Sargentico*. Bien: *El Sargentico*. Sobre eso ya no hay duda. Dime ahora cómo se llama este maldito pueblo donde estoy, pues mi memoria es esta noche como una jaula rota de la que se escapan todos los pájaros.» Al oír el nombre